

De indios e indianos jugando al amor y a la guerra

Marco Aurelio Ángel-Lara

Ayer intenté un descubrimiento, pero la experiencia me devolvió a mis prejuicios. Entré a oír “El Islam explicado a los no musulmanes”; el conferencista afirmó:

—No están preparados para las verdades del Islam, las cuales solicitan oídos meritorios. En este país preguntan siempre lo mismo y cuando les explico, simplemente vuelven a preguntarlo: por qué cuatro esposas, por qué velo para las mujeres...

Habló sobre la estulticia; espetó afirmaciones sesgadas contra la audiencia; elogió al medioevo islámico comparándolo contra el chiquero oscurantista que fue el europeo, y alegó que el progreso social no requiere más Ilustración, sino un retorno al esplendor basado en la revelación religiosa. Construyó un pedestal para denostar y condenar, y desplegó un discurso en el que, sin compasión ni buena lógica, la ira fue sublimada a heroísmo y el otro cultural fue presentado como defectivo. Juzgando por su beligerancia, parecía que toda negociación con la otredad era indignidad o humillación y que todo clamaba por Jihad.

Al salir del auditorio vi a una compañera iraní que estudia cine y tv en la uni. Ella me saludó con un:

—Por culpa de estos wahhabis todos creen que ser musulmán es tener retraso mental.

Yo no sabía quiénes son los wahhabi, así que sesgó el comentario para echarme un cable:

—¿Creen que con esa mierda financiada por los sauditas convencerán al público más inteligente que podrían encontrar?

Luego ella vio mi cara y dijo:

—¿Qué tanto sabes tú de los árabes?

Sin esperar respuesta empezó a contarme cosas en verdad interesantes, pero yo ya no la escuché porque se me vino a la mente que, años antes, los turcos de mi pueblo se juntaban cada tarde a jugar ajedrez en una tienda de ropa; si no estaba lloviendo, sacaban sillas a la banqueta y entre cigarros y café comentaban en su lengua las partidas. La gente los reputaba de ajedrecistas invencibles.

La semana que gané el torneo de la escuela fui a buscarlos a la camisería, pero me dio vergüenza retar, por lo que solo pregunté por una chaqueta fea de viejito; alguien gritó un precio altísimo y después de eso no puso el menor interés en mí, yo aproveché el ninguneo para acercarme al lugar de la partida y observar en silencio. El mal desarrollo de una apertura italiana evidenciaba un nivel no pulido por el estudio. Yo había leído un par de manuales y cuando me invitaron a jugar fue fácil ganar a tres jugadores distintos en sucesión. Al final de la tarde, el dueño del local me invitó a regresar al siguiente día para retar al doctor Kuri.

En verdad no había diferencia apreciable entre el nivel del doctor y el de los ajedrecistas del día anterior, pero por alguna razón aquel tenía el estatus más alto en el grupo, por eso todos parecieron humillados cuando el doctor Kuri se levantó y con desasosiego mal ocultado me dijo: “tengo que irme a dar consulta, pero usted ha de darme la revancha lo antes posible”.

El doctor y yo volvimos a jugar la semana siguiente con la tienda repleta de turcos y de un silencio tenso, matizado por palabras susurradas en árabe. La primera partida duró más de una hora: un inicio agresivo, luego una meseta plagada de precauciones que se resolvió en una ligera ventaja mía, y de allí en adelante solo tuve que incrementar el desequilibrio hasta que, para evitar la debacle en público, el doctor inclinó su rey. Los mirones exhalaban, llenaron sus tazas e iniciaron charlas que acallaron tan pronto como el doctor acomodó las piezas y me encomió a dar mi mejor esfuerzo. El desastre entrevisto en la partida previa apareció después de los primeros quince movimientos, el doctor Kuri perdió toda un ala y con pundonor innecesario hizo cara hasta el mate.

Kuri trató de alivianar su derrota con un generoso reconocimiento de mis habilidades, comentando con aires de conoedor un par de jugadas. Cuando me levanté se quedó inmerso examinando detalles del tablero y los demás no supieron hacia dónde mirar. El señor Karam, el dueño de la camisería, atravesó el silencio que se hizo alrededor de mí para decir: “hoy has tenido suerte; sin embargo, en este pueblo solo hay alguien mejor que Kuri y no creo que seas tú. Ven mañana y comprobaremos si eres tan bueno como crees”.

Su tono me ofendió tanto que todavía no entiendo por qué decidí volver.

El día de la cita el señor Karam me hizo pasar a una trastienda llena de rollos de tela, bultos y cajas de ropa nueva, al fondo había una puerta que comunicaba con una sala amplia en cuya mesa de centro había un tablero de mármol. Mi anfitrión

señaló la mesa y sacó unas piezas grandes y hermosas que colocó en el tablero. Dio una voz, acudió una sirvienta a quien le ordenó llamar a la niña y dispuso tres sillas alrededor de la mesa. La sirvienta regresó a decir que Camila estaba terminando su tarea, el señor Karam asintió y fue a la tienda sin pedirme que esperara. Regresó a los diez minutos, me preguntó por Camila y fue a buscarla antes de que yo respondiera. Unos minutos después regresó con ella.

—Tú siéntate allí, tú aquí y jueguen —ordenó, mientras él ocupaba la tercera silla.

La chica me miró sin decir palabra y extendió la mano para saludarme. Su piel era suave y tibia y unas pulseras tintineaban en su muñeca. Era esbelta pero sus formas de mujer se evidenciaban bajo el uniforme. Usaba un perfume que yo supuse muy fino.

Camila jugó con buen ritmo, sin errores durante la primera mitad de la partida y yo casi podía oír el tono de satisfacción del monólogo interior del señor Karam.

En algún punto, Karam fue llamado a la tienda, se levantó de inmediato, pero se detuvo un par de segundos para ver cómo Camila proponía un intercambio de piezas y cómo yo lo aceptaba. Lo que no vio fue que unos cuantos movimientos después me di cuenta de mi error y que, a partir de allí, lento e inexorable, el equilibrio de fuerzas se iría del tablero. La partida se espesó debido a mi esfuerzo por dificultar a Camila, encarnizando mi defensa y esperando algún cambio en los vientos.

Ya no recuerdo cómo se desarrolló mi sufrimiento, pero sí que Karam presencié un milagro a mi favor: una secuencia de piezas perdidas devino en una posición de mate en contra de su hija, pero yo —que alargaba cada jugada mía estudiando las posibilidades de mi caída— solo reparé en ello cuando Camila me dio la clave: miró de reojo a su papá como con culpa. Yo moví una pieza intuyendo que por ese rumbo habría una buena jugada. La siguiente tirada de Camila estuvo determinada por la inminencia del mate que solo vi en ese momento; claro que yo toqué la flauta con dignidad, moviendo el caballo de la victoria como si todo hubiera sido premeditado, y consumé el juego con un par de movimientos más.

Fue un final precioso desde la perspectiva del espectador objetivo; desde la mía, fue una de las soluciones de mate más ingeniosas que he ejecutado sin haber tenido que ver con su concepción que, por supuesto, tácitamente me atribuí.

Karam dijo algo en árabe, sacó un puro, se inclinó en medio de nosotros y acomodó las piezas musitando “la revancha, la revancha”. Camila y yo hicimos los primeros cinco movimientos muy rápido y fuimos invirtiendo más tiempo en los subsiguientes. Karam no había quitado la vista del tablero y cuando intentó fumar su puro se dio cuenta de que no lo había encendido; decidió no dar voces a su sirvienta y se apresuró a la cocina por fuego, regresó de inmediato.

En general, la partida fue un *déja vu* de la primera; sobre todo en lo del final inesperado. Incluso Karam hizo una salida y un regreso de la tienda en momentos similares. El cierre no fue tan hermoso como el anterior, pero en esta ocasión sí lo vi antes que Camila; aunque ella lo anunció abatiendo su rey:

—¿Para qué andar con suspensos si esto es mate en tres movimientos?

Al terminar todo, Camila no me miraba y el señor Karam solo veía las piezas en el tablero. Sin saber qué hacer me levanté de la silla y me despedí inclinando la cabeza; los dos se pusieron de pie para darme la mano como si ambos hubieran perdido la partida e intentaran mostrar modales al adversario.

Salí radiante, tenía ganas de gritar, de cantar, de contárselo a todos, pero esperé hasta dar vuelta a la esquina para hacer una danza de la victoria. Por fortuna fui breve, porque Karam me alcanzó acezando para proponerme que diera lecciones a su hija. No esperé que ofreciera pago porque él era uno de los avaros más famosos del pueblo y, sobre todo, porque yo no tenía nada que enseñarle a Camila.

Y a pesar de todo eso, acepté el encargo.

Llegaba yo una vez por semana a las 5 de la tarde en punto, atravesaba la trastienda y la sirvienta me pedía salir a las 7 de la noche sin excepción.

Durante semanas Camila y yo jugamos en silencio, observados intermitentemente por su padre. Le gané en muy contadas ocasiones, pero el turco nunca me preguntó nada, de hecho, raramente me dirigió la palabra; sin embargo, se le miraba muy satisfecho de la superioridad de su hija. Al poco tiempo perdió interés en mí y su vigilancia se fue volviendo cada vez más laxa.

Camila empezó a hacer comentarios ocasionales sobre la partida, luego sobre la ciudad, la tienda de su papá, su escuela, sus amigas y las que habían dejado de serlo. Terminó por contarme cualquier cosa: aunque les decían ‘turcos’ eran cristianos libaneses; no entendía el idioma de su papá, salvo algunas palabras; lo que tuviera algún sabor árabe era adorado en su casa: la música andaluza, la comida mediterránea, los inciensos orientales, el ajedrez; le gustaba el novio de una amiga pero el capricho se le pasaría algún día; se iría a estudiar a la Ciudad de México y después viajaría por el mundo; visitaría Medio Oriente porque su padre quería, pero solo le importaba ir a Francia; estaba aprendiendo francés que era un español sin voces árabes; se casaría con un parisino y viviría en un departamento del Barrio Latino, aunque su padre quería que se casara con un árabe, heredara la camisería y abriera sucursales. Se hizo frecuente que pasáramos las dos horas sin que ella tocara el ajedrez y que ocupara la siguiente sesión para terminar de contar su cuita en turno.

Una tarde que fui a buscarla, el turco me dijo que ya no regresara porque ella se había ido a estudiar a la gran ciudad.

Cuando un par de años después yo mismo fui a estudiar a la Ciudad de México, sin saber su dirección exacta peiné varias veces la zona donde creí que ella vivía

anhelando un golpe de suerte. Aunque estaba inscrito en la misma universidad que ella, transcurrió un año antes de que nos encontráramos por casualidad. Ella me halló estudiando en la biblioteca y se acercó a saludar. Ya no estaba inscrita en Administración sino en Odontología y me pidió que fuera su paciente de práctica.

Llegado el día falté a mi trabajo para ir a la cita. Y mientras ella me escrutaba las muelas me contó del año que había estado en Canadá perfeccionando su francés y que por falta de vocación había abandonado la carrera que quería su padre. Después de la sesión me llevó a la cafetería, habló durante un par horas de su vida universitaria y dijo que le encantaría verme seguido, pero pasaron un par de meses antes de que volviéramos a encontrarnos.

Un día Camila llegó a mi mesa de la biblioteca, intercambió unas cuantas palabras y se fue, pero de ahí en adelante empezó a visitarme con frecuencia. Se había convertido en una muchacha radiante y femenina, casi tan alta como yo y que vestía con un gusto que hubiera prestigiado mucho a la tienda de su padre. Había decidido que yo era la persona indicada para hablar de temas que entre sus compañeros odontólogos no provocaban el menor interés, pero que ella consideraba sumamente importantes.

En su charla se adivinaban lecturas difíciles que ella asumía como sustrato necesario de la conversación inteligente, pero no se acercaba a mí por respeto a mi intelecto: yo era un esparrin para practicar opiniones de izquierda universitaria, barnizadas con el romanticismo de quien nunca ha sufrido hambre. Por mi parte, yo aceptaba su petulancia como muestra de confianza y cuando disentía de ella solo dejaba pasar el punto, aun a sabiendas de que mis silencios serían tomados como asentimientos.

Uno de mis compañeros, Cosmo, decía que ella era la única de mis conocidos que no era ni hippie ni nerd: “Una fresa de provincia, sin maña ni mundo: un pimpollo burgués”.

Cosmo la había conocido un día que Camila peroraba sobre medios y modos de producción, y bastó con que él se aproximara para que ella se cohibiera con el público inesperado. Cosmo consideraba que el tema era su especialidad e intentó impresionar retomándolo donde ella lo había dejado, pero Camila dijo que en realidad el tópico le causaba pereza, se excusó y se fue. Yo sabía que el temor de quizás decir sandeces le había hecho escapar, mas Cosmo consideró su huida un desaire y en adelante cada vez que la veía conmigo se acercaba acortando nuestros encuentros:

—Estoy velando por tus horas de estudio, la *high society* solo te quita el tiempo.

El tono burlesco de Cosmo al referirse a Camila continuó hasta que el pimpollo lo batió en un campeonato de ajedrez.

El torneo estaba organizado por la escuela. Cosmo, quien era bicampeón y favorito, opuso poca resistencia contra Camila en cuartos de final. En ese entonces Deep Blue todavía no había vencido a Kasparov y el estatus de un buen ajedrecista era

altísimo entre los estudiantes universitarios. Cosmo, quien siempre se había beneficiado de que esto fuera así, ahora cedía su prestigio al blanco de sus mofas, quien por su parte parecía no poner la menor importancia en ello.

Las autoridades ofrecieron un brindis de honor para celebrar la clausura y Camila recibió como premio unos libros y una botella de vino. Me regaló los libros y dijo que guardaría la botella para un evento especial.

La costumbre de mis compañeros era deslizarse del vino del brindis al ron barato en algún lugar cualquiera para terminar la noche en fiesta. Los padres de Cosmo no estaban en la ciudad así que, el día anterior, él había propuesto su casa para celebrar el probable tricampeonato; ahora, tratando de llevar con dignidad su derrota, se nos acercó para darnos instrucciones de cómo llegar. Camila mostró un interés antropológico: “una reunión con tus compañeros ha de ser algo interesante”; yo fingí estar animado, aunque sabía que esas reuniones devenían pasarela de la erudición de moda y que los debates metafísicos con frecuencia se dirimían a puñetazos.

En la sala de la casa había un solo grupo conversando, el tema eran los profesores, el aperitivo preferido de mis condiscípulos. Alguno decía que el profesor Piñón tenía el poder de hacer dormir en clase; los demás objetaban diciendo que ellos en realidad se dormían a propósito. De un profesor de filosofía griega, conocido por tener cascos demasiado livianos con los efebos, alguno sugirió que sus problemas intelectuales solo se resolverían con una emasculación. El tono de sus chistes era estudiado, como si se hubieran preparado para el momento de pasar juicio posando de ingeniosos.

Los temas cambiaron conforme se fueron formando grupitos de charla, pero las uñas manicuradas y las prendas finas de Camila siempre contrastaron con la mezclilla sucia, las barbas y las melenas de mis compañeros. Ella desconocía el argot y su hablar respetuoso producía el efecto de acentuar distancias. A pesar de todo estaba muy contenta:

—Se habla de cosas importantes sin parar mientes en que a veces no separamos a ciencia cierta qué se está diciendo, ¿es siempre así o todos estamos un poco borrachos?

La fiesta era un éxito hasta que Cosmo sacó un estuche de ajedrez: “todos ustedes contra mí en una partida”. Los compañeros se rieron y retomaron sus vasos. Cosmo, que no estaba dispuesto a ser ignorado, pidió la atención de la concurrencia y a voz en cuello dijo a Camila:

—Mejor: tú y yo solos. Esta vez no me distraerán tus piernas, aunque tus tetas...

Cosmo caminó mirando directamente a los pechos de Camila, se detuvo a un par de pasos de ella, se quedó en silencio —bajo la piel de su cuello una vena forcejeó como una lombriz atrapada—. De pronto pareció recordar algo, abrió el estuche de ajedrez, lo adelantó sosteniéndolo sobre las palmas y, sin más, vomitó adentro

haciendo una sopa de peones y piezas, que después quedaría salpicada por todas partes cuando tropezó intentando llegar al baño.

Camila y yo tomamos nuestras cosas y salimos mientras Cosmo reivindicaba las Cruzadas y gritaba contra la invasión a Kuwait, la sharía, los árabes de mierda, la chingada álgebra y sus putas madres.

Caminamos unas calles. Teníamos hambre y nos metimos a un restaurantito barato. Allí Camila empezó diciendo cuán especial era yo, las tantas cosas que compartíamos, cuánto y qué bien yo la conocía, la confianza que me tenía y terminó hablando —largo tiempo— de su relación con un hombre casado. A su juicio este hombre era honesto (porque no le prometía nada), maduro (porque la trataba bien, pero sin ensalzarla demasiado), importante (porque sus múltiples ocupaciones le dejaban poco tiempo para ella). Contó cómo lo había conocido, lo amable e interesante que era, el viaje a la playa que hizo con él, cuánto lo quería y sin transición se echó a llorar convulsivamente sobre la mesita ocultando la cara entre los brazos.

Mientras sollozaba, su cabellera entraba y salía del molcajete de salsa roja y desparramaba los chiles en vinagre sobre el mantel de plástico.

Tardó así unos minutos.

Yo aparté las salsas y las puse en la mesa de junto.

Los vecinos de las otras mesas empezaron a lanzarnos miradas curiosas. La dueña del lugar se acercó a preguntarle si estaba bien, al tiempo que me veía acusadoramente.

Camila levantó la cara intentando sonreír con la nariz y los ojos enrojecidos. Tenía rodajas de cebolla adheridas a su blusa fina y mayonesa con jitomate en la mejilla; la señora le dio una servilleta. Camila se sonó la nariz e intentó una broma, pero la dijo con tal seriedad que la señora no entendió y Camila tuvo que explicar el chiste. Eso la enfadó un poco y pidió la cuenta diciéndome que quería irse de inmediato. Yo le dije que parecía haber caído a un basurero; ella se quitó con el pulgar y el meñique izquierdos una rodaja de zanahoria de la blusa y fue al baño a lavarse. Tardó mucho.

Cuando regresó tenía la cara y el pelo mojados. La blusa también se le había mojado y se transparentaba a la luz mostrando su sostén oscuro. Me pidió mi suéter, se lo ató al cuello, pero le quedaba como un babero; así que mejor se lo puso, me tomó del brazo y comentó que necesitaba tomar aire.

Anduvimos hacia las luces de una feria callejera en la plaza de una iglesia, ella vio el reloj de la torre y dijo que era demasiado tarde para regresar a su casa: “¿puedo quedarme en tu sofá?”. Confesé que no tenía muebles —estrictamente hablando, no tenía ni cama ni casa—, solo un cuarto con una mesita, una silla y una colchoncita en el suelo. “Muéstrame, quiero ver cómo vives”, dijo.

Al entrar a mi lugar apuntó al único ornamento de las paredes: “Me gusta el cartel”. Luego se sentó sobre la colchoneta. Yo tomé la silla. Examinó mi cuarto vacío como buscando un tema de conversación que no encontró. Sobre el suelo había dejado su bolsa, sacó un espejo y un pintalabios. Se arregló y al guardar sus cosas, extrajo la botella: “creo que esta es una ocasión especial, brindemos otra vez”.

Me gustaría recordar un diálogo entretenido e inteligente que dio paso a una escena romántica, pero nada ocurrió así. Solo terminamos la botella, Camila me pidió que la abrazara, me desabrochó la camisa y luego se desnudó. Hicimos el amor de una manera amistosa y triste. Luego hablamos un poco, ella lloró otro poco, volvimos a hacer el amor y se durmió.

Camila cambió las visitas a la biblioteca por visitas a mi cuarto. Pasaba después de clases, follábamos y se iba. Durante un tiempo a nadie contamos lo nuestro y el esplendor que nos reservaron esos días fue de una felicidad extraña, íntima pero distante, como de otros más afortunados que nosotros, cuyas vidas que no eran nuestras se quedaban impregnadas en nuestros cuerpos cuando salíamos de puntillas al mundo.

No me amaba y no éramos el uno para el otro y eso nos regalaba la comunión de una entrega sin pretensiones; libres e inocentes, vivimos para nuestro deseo sin buscar el amor que no nos tendríamos. Nunca postulamos esto como signo de madurez, porque en ese tiempo la madurez nos parecía la excusa de los pusilánimes.

Mantener secreta nuestra reciente intimidad de pareja fue para mí una manera de esconder las ilusiones personales bajo la alfombra, y para ella quizá fue una mera intriga genital que no devino historia. Pero para los dos tenía su encanto andar sin la sanción del conocimiento social; era un juego tonto, lo sé, pero a los veinte años esa es la forma que frecuentemente damos a nuestro sentido de la propia importancia.

Después de un mes pasamos de la sobria secrecía de mi cuarto de azotea a una mansión:

—Necesitan un vigilante para una casa del sur de la ciudad: ahorraré la renta y pagarán algo. He de vivir en el cuarto de servicio para contestar el teléfono.

Camila llamaba antes de ir para confirmar y se ponía en camino. Una mañana mientras nos bañábamos en la pileta propuso: “de ahora en adelante mejor seamos como novios”.

Durante un tiempo nos citamos con otros muchachos en representaciones de teatro, películas y conciertos, luego solo fueron conferencias y charlas formales. Las primeras nos hacían parecer normales y nos daban tema de conversación, las segundas estimulaban su tendencia a hallar conspiraciones políticas en todas partes.

—¿Ves cómo los judíos sí son quienes gobiernan el mundo? —mostraba un encabezado en el que Estados Unidos amenazaba con bombardear a Irak.

Se unió a un grupo pacifista, inició una campaña de protesta e información, organizó conferencias, firmó pliegos petitorios para representantes diplomáticos, su activismo le ocupaba todas las horas libres.

Una vez la fui a visitar a su casa, la televisión anunciaba que decenas de países coordinaban un ataque. Camila se soltó a hablar de la destrucción de la civilización y el comercio, mencionó la Alhambra, las *Mil y una noches*, el deber de todos de salvar la integridad de una cultura insuperable. Luego me contó que para su familia yo siempre había sido “el indio que juega ajedrez”, que si su padre permitió nuestros encuentros ajedrecísticos fue porque mis derrotas constantes confirmaban que hasta una mujer árabe podía ganarle al mejor jugador de un pueblo de mexicanos:

—El ajedrez es un arte árabe: la palabra *al-fil* lo demuestra, significa *el-elefante* en nuestra lengua. Ese juego lo inventamos nosotros, como inventamos los números y las matemáticas.

Camila también recordaría mientras me abrazaba con sus piernas desnudas: “Dice mi padre que lo árabe se lleva en la sangre, lo indio también y que no se deben mezclar”; yo no supe qué responder y solo se me ocurrió decir que los números arábigos y el ajedrez provenían de la India y de China. Y ella me abrazó más fuerte diciendo “convivencia”, “combinación”, “qué hermoso” y volvimos a ser amigos a pesar de todo.

Esa noche acordamos que intentaríamos reencontrarnos en la amistad y con los otros o, aún mejor, luchar contra todo y salvar el cariño que nos había acompañado, aun contra su clase y contra la mía.

Defendimos nuestra posición lo mejor que pudimos, pero en ese agosto la madre de todas las batallas había comenzado para nosotros cuando ella, con un gesto aciago, tomó su corpiño azul del lado de la cama y yo supe que no había vuelta atrás hacia aquella intención (de veras) de ser amigos. La guerra había venido cuando el amor y estábamos solos contra el mundo. Quizá nadie entendió este hecho como nosotros mismos y por eso todos los demás nos daban ánimos y arengas, como si no necesitaríamos más que palabras.

Había noches en que no dormíamos combatiendo, robándole instantes al paraíso: durante un par de semanas, que parecieron meses, mantuvimos a raya al enemigo. Los camaradas nos daban palmaditas en la espalda y aconsejaban maneras de solventar problemas o detectar puntos débiles. Pero nada de eso sirvió durante mucho tiempo.

Primero fueron cayendo las comunicaciones. Recuerdo que una extraña tarde de lluvia, ella levantó el teléfono y durante unos momentos nadie de nosotros dijo nada. El silencio duró solo unos segundos, pero nos hizo tragar saliva pensando que algo estaba mal, maliciar un sabotaje, temer el inicio de una catástrofe. Cuando se

restableció el contacto lo que se dijo fue anodino y, aunque de inmediato hubo una broma que nos volvió el alma al cuerpo, más tarde recordaríamos esa pausa con desazón.

Después fue el transporte. Aunque el combustible no era escaso, el tiempo no se hallaba entre nuestros recursos más abundantes. Cruzar la ciudad se empezó a convertir en una misión llena de trampas y deberes inesperados que se compensaban cada vez más difícilmente. Fuimos justificando las ausencias que luego se volvieron tan abundantes que dejaron de necesitar justificaciones.

La siguiente baja fueron los amigos. Aquellos que hombro con hombro luchaban con nosotros, los más cercanos, los hermanos de circunstancias, dejaron de existir. En un principio íbamos a buscarlos a sus respectivas posiciones y encontrábamos un hueco difícil de llenar, que nos indicaba que el cerco se iba estrechando.

Una tarde ella no pudo aguantar más y empezó a llorar culpando a su padre y a su madre, a la sociedad, al clima y a las estrellas, y a un antiguo novio que la abandonó o que la llenó de desdichas que no venían a cuento. Dijo excusas y explicaciones que en otro momento hubieran parecido locura, pero que en ese lugar solo revelaban claramente que nuestro futuro dejaba de hacer sentido. Yo no lo acepté de inmediato y un coraje y una impotencia ciegos me hicieron decirle que estaba loca, que éramos más fuertes que nunca, que el enemigo también estaba desgastado, que quizá solo necesitábamos un respiro, una tregua. Ella no quiso aferrarse a esta esperanza y la consideró lo mismo que una capitulación y ya no quiso ni parlamentar, sino solo rendirse sin lucha. El orgullo me hizo creer que eso era deshonesto y rechacé su intento. Solo fue una manera de alargar la agonía.

Una noche me negué a hacer una salida. El teléfono sonó pidiendo ayuda. Al principio lo oí intentando acumular fuerzas y ánimo para levantarlo, luego dejé que su timbre se extinguiera deseando estar sordo. Otra ronda de timbrazos volvió a extinguirse sin respuesta y luego no hubo más intentos. Al otro lado de la línea ella pensó de mí como de otro caído en combate, e inició un luto por uno de esos pequeños sueños que a veces nos entretienen.

Desperté en el futuro un día que tuve que visitar la Ciudad de México, ella gritó mi nombre al bajar de un taxi. Habían pasado diez años.

—¿Te vas a casar? ¿Con hijitos y todo? —preguntó intentando sonreír.

De inmediato me hizo un sumario de su vida: dos divorcios, una temporada en Francia, otra en Siria y no sé dónde más, trabajo insatisfactorio, afecciones depresivas, visitas consuetudinarias al psicólogo. Y me abrió una ventana para verla actuando un guión cuyo dramatismo había perdido cualquier interés para mí.

Aunque externé mis sinceras lamentaciones, en mi fuero interno agradecí que su cita de trabajo fuera impostergable y que no pudiera estarse más tiempo conmigo. De

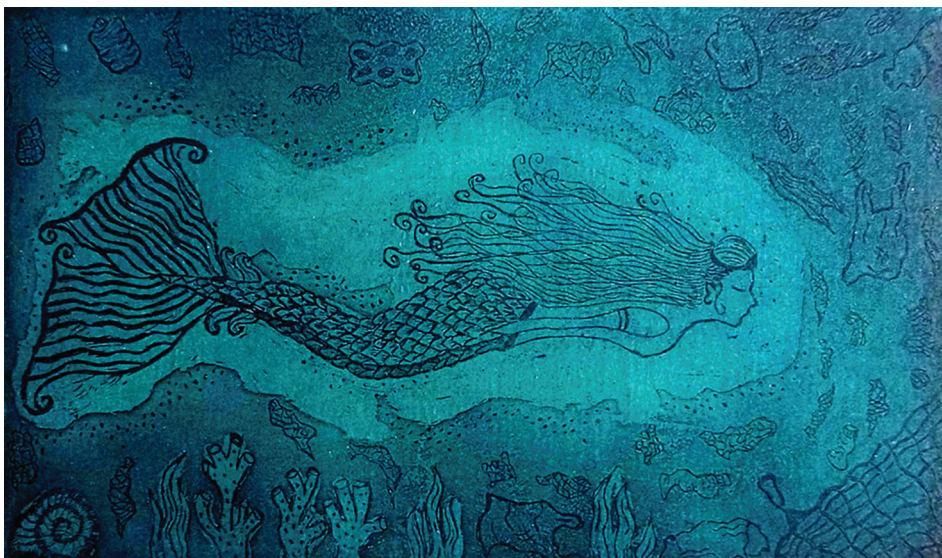
alguna manera me revelaba ese otro que yo fui: más triste, más inseguro, atrapado en relaciones atormentadas para ocupar las horas de la vida que nunca supe cómo gozar. Por un momento pensé en aquella juventud mía como una dolencia, un proceso de recuperación que compartí con otros como ella —que nunca se atrevieron a dejar las taras que a los 20 años nos hacen atractivos para otros idiotas como nosotros, que pronto devienen fantasmas de lo que vamos dejando de ser—.

Antes de irse dijo que organizaba un club de salsa y cultura latina, habló del ritmo y la pasión y escribió su teléfono en un boleto del metro que sacó de su bolso. Al besarme la mejilla dijo, como si estuviera deseándome parabienes, que ser árabe era lo peor que podía pasarle a una mujer.

Me despedí. Al llegar a la estación del metro saqué el boleto que antes me había dado, lo usé en el torniquete y me alejé de allí.



Detalle de *Incertidumbre Global Punzante* (2024). LitoPoliéster.: Xrix Cuevas.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.



Xinula (2024). Aguafuerte...: Magali A. Mastache.
Prohibida su reproducción en obras derivadas.

MARCO AURELIO ÁNGEL LARA. Investigador mexicano (1970). Profesor de literatura en la Universidad Autónoma de Querétaro (México). Doctor en Creative and Critical Writing (University of East Anglia, Inglaterra). Ha obtenido el Premio Internacional Julio Verne 2006 (primer lugar por guion de cortometraje); el Premio Nacional de Ensayo Echánove Trujillo (Binal Nacional de Literatura de Yucatán, México, 2010-2011); y el Premio Internacional de Ensayo Letras del Bicentenario Sor Juana Inés de la Cruz 2011. Textos suyos han sido publicados en revistas tales como *Orbis Litterarum: International Review of Literary Studies*, *The Brooklyn Rail*, *In Translation*, *Pensamiento y Cultura*, *Journal of English Studies*, *Elementos de Ciencia y Humanidades*, *Temas de Ciencia y Tecnología*, *Tierra Adentro*, *Casa del Tiempo* y *El Búho*.

Recibido: 10 de mayo de 2022

Aprobado: 1 de mayo de 2024